

## CAPÍTULO IX.

CONTINUA LA MISMA MATERIA.

Vengamos ya á otro folleto que, no siendo anónimo, sino ostentando francamente el nombre de su autor, parece lisongearse de poder arrostrar con ventaja la crítica del público, y salir de ella mejor librado. Disgústame que el abogado Desimoni, quien en otra ocasion me decía que no habia estudiado la controversia referente á Colon, y que por consiguiente no le era familiar esta cuestion, haya querido tambien meter la hoz en este campo, en el cual son muy escasos los laureles que pueden cogerse, y mucho ménos siguiendo el camino que ha emprendido, y lo siento tambien, porque, á juzgar por su trabajo, todavía no ha estudiado bien la cuestion. Pero *ne s' est jamais trahi que par les siens*, dicen agudamente los franceses, y este me parece exactamente el caso del abogado Desimoni. Así pues en su opúsculo intitulado: *Le Satan de M. Roselly de Lorgues, Petite revue par Cornelio Desimoni* (1), me parece que no está enteramente en lo cierto: no adelanta un solo paso en la cuestion, ni acierta á hacer otra cosa que difamar al ilustre conde Roselly de Lorgues y censurar sus obras.

Ante todo debemos confesar que háy aquí quien hizo maravillas, porque mientras el canónigo Angel Sanguineti, su defendido y amigo, niega al señor conde el derecho de ocuparse de Colon, héroe italiano, por su cualidad de frances (bonita pretension!) él, Desimoni, que es italiano, que tiene á su disposicion una lengua tan hermosa y rica como la patria, quiera meterse á escribir de un héroe italiano tomando prestada la extranjera, es decir, la francesa, que, por su propia confesion, no le es familiar, y lo que es más, cuando combate á un frances que le dá una leccion de mayor dignidad y amor nacional empleando la propia. Él mismo, Desimoni, no sabe darse cuenta de esto, puesto que en la introduccion á su opúsculo, dice: « Pourquoi suis-jé entré dans une lutte de vingt ans, dont je m' etais tenu á

(1) Gènes, imprimerie de l' Institut Royal des Sords-Muets.—1877.

l' écart jusque à cette dernière heure? ¿Porquoi ose-je écrire en français, moi italien, qui n' ai pas fait d' études serieuses sur cette langue, très facile à la barbouiller, très difficile à l' écrire dans sa beauté spirituelle? Voila es questions aux quelles je ne suis pas trop disposé à repondre.» Pero si nuestro contrincante no sabe, ó no está muy dispuesto á responder á estas objeciones, respetaremos su falta de disposicion, sin dejar de hacerle reflexionar aun ahora; habria hecho mucho mejor en abstenerse de entrar en la cuestion de veinte años si habia de penetrar en ella con los medios ó con las armas con que lo hace.

Cree, este señor, deber darnos sin ninguna reticencia, tres breves advertencias, en la segunda de las cuales, que es la única notable, dice: «J' entends faire un office de piété, spécialement pour ceux qui étaient déjà morts lorsqu' ils ont été attaqués par M. Roselly.» La obra sería ciertamente laudable; pero para que fuera eficaz, ó para que fuera justa y piadosa, era preciso que el señor Desimoni hubiese probado que aquellos tenían razon, y por consiguiente que no la tenía el señor Conde, en lo tocante á la cuestion que nos ocupa. Quéjase Desimoni de que el Conde ha atacado con dureza al P. Spotorno muerto. Pero Fernando Colon atacado tambien primeramente por el P. Spotorno en cosa de mayor importancia y muchísimo más delicada, habia muerto tambien, y aún prescindiendo por un momento de que era hijo de un padre tan ilustre, era una figura muchísimo más importante que el P. Spotorno, por más respeto que éste pudiera merecerse, y, lo que importa más aún, tenía la razon de su parte; y, ademas de todo esto habia sido atacado en lo que cada uno estima más, esto es, en la honra y en los fundamentos de su misma existencia.

En cuanto á lo que afirma, á saber: que el P. Spotorno ilustró la vida de Colon y no debia por eso ser objeto de las iras del señor Conde, diremos que, para ilustrarla en realidad, ántes que todo debiera de haberla purgado de una imputacion y mancha, no merecida; pero, si creia que realmente existía el hecho, debia indicarlo de una plumada para obedecer á la estricta necesidad histórica y pasar adelante como acostumbra un concienzudo escritor que se encuentra en un terreno desagable, y de ningun modo debia entretenerse en él como de propósito con una especie de *crescendo*, como en la sinfonia de la Semirámide. Leed sus varios escritos, desde el libro acerca del origen y patria de Cristóbal Colon del año 1819 hasta su historia literaria de la Liguria, y os convencereis de esta verdad.

Mirando, empero, las cosas desde más arriba, y procediendo con orden metódico en el exámen del libro de nuestro Desimoni, digo que comienza mal y que acaba peor. Dice un antiguo refran que quien comienza bien se halla á mitad de la empresa; Desimoni, comenzando mal y terminando peor, puede decirse que ha fracasado del todo ó salido mal de su empeño. Pone por epígrafe á su trabajo, ó pequeña revista, del *Satan de M. Roselly de Lorgues*, las palabras: *Non defenso-*

*ribus istis (Columbus) eget.* El señor Desimoni debia copiar integro el sabido verso del ilustre poeta latino: *Non his auxiliis nec defensoribus istis tempus (et Columbus)*—si queria añadirlo— *eget*, y el verso habria venido de molde á favor de Colon y de sus apologistas, y contra Desimoni y sus colegas. El proverbio italiano con que Desimoni termina su revista habria hecho lo demas; esto es, habria sido una prueba completa de que el autor de la revista, por decirlo con otro proverbio italiano, *si dà la zappa sui piedi.*

Efectivamente, de estos auxilios y de estos defensores necesitaria Colon ahora más que nunca para que le librasen de una mancha inmerecida que no conocieron sus contemporáneos, ni casi contemporáneos, y en la que insisten ahora ciertos incautos y visionarios con un celo y pertinacia dignos en verdad de mejor causa.

Dije que Desimoni termina peor, recordando el sabido proverbio: «Del bueno me guarde Dios, que del malo me guardaré yo.» Cabalmente necesita ahora Colon que Dios le guarde de los amigos, de los admiradores que se hallan de parte de Desimoni, de lo cual tenemos una prueba visible en la pobre figura que hacen en la presente contienda. Mientras vivió Colon se guardó suficientemente de sus enemigos, y Desimoni es testigo de los estragos que ha hecho el tiempo en la muchedumbre de estos enemigos, de quienes ni el tiempo «deja memoria;» y de todos aquellos otros desgraciados que nunca vivieron en la memoria de los hombres sino por las tribulaciones y angustias ocasionadas al grande hombre, y que precisamente por causa de las mismas vivirán en ella eternamente con una fama parecida á la de Erostrato. De pruebas mayores que estas salió Colon, y saldrá tambien de esta, porque le guarda Dios: esto no quita sin embargo que nos unamos nosotros para su guarda, como vigilantes custodios que somos de su honra, y por lo mismo sinceros amantes suyos.

Volviendo pues al orden que nos hemos prefijado, y al primero de los supuestos defendidos, *officio pietatis*, por nuestro Desimoni, esto es, al P. Spotorno; es muy cierto que acusó á don Fernando Colon de haber sembrado adrede dudas acerca del origen y sitio del nacimiento de su padre, como observa con razon el señor conde Roselly. Todavía hizo más el P. Spotorno; acusó sin embajes al mismo Fernando de vanidad, ligereza, ambicion y falsedad, por lo que no debe decirse ciertamente que le desagrada la mancha de ilegitimidad que le encontró endosada por alguno de los escritores precedentes, como sucede naturalmente á alguno que, deseando debilitar la fé y autoridad de un escritor reputado, busca, con mucho cuidado, y se entretiene con mucha complacencia en los defectos, verdaderos ó supuestos, que pueden menguar el crédito ó la consideracion de que goza el escritor á quien combate.

Tan cierto es esto que puede creerse, procediendo con toda la imparcialidad que en tales asuntos se necesita, que el escritor frances recargó el colorido de la

animosidad del P. Spotorno contra don Fernando; pero para esto se necesita también decir que estuvo muy por debajo de lo verdadero al enumerar y describir las acusaciones hechas por el expresado P. Spotorno contra el hijo de nuestro héroe; acusaciones que copiaron á ciegas varios escritores de Italia, que le siguieron néciamente. Dichas acusaciones provinieron por otra parte más bien de un sistema preconcebido y del falso camino emprendido por el P. Spotorno, que de animosidad ó virulencia, y todo por no haber comprendido él como sus incautos secuaces lo dicho por don Fernando, como lo tengo demostrado.

«Ne voyez vous pas, exclama Desimoni, par quel soin delicat, par quelle abondance de coeur, et de épithètes M. R. se plait á verser á pleins mains l'insulte contre un mort?» Ya tengo dicho que el señor Conde fué muy parco, y se quedó todavía muy corto en la enumeracion de las acusaciones lanzadas por el P. Spotorno contra don Fernando, quien estaba también muerto, y el P. Spotorno y partidarios suyos le habian tratado peor en cosas muy delicadas, *in re gravi*.

«*Mais notre abbé*, continua Desimoni, mereció las iras del señor Conde, porque creyó que un hombre que por grande y bueno que sea, puede sin embargo, caer en una tentacion en ciertas circunstancias, y porque creyendo, el mismo Spotorno haber visto en la vida de Colon la *debilidad de un momento*, creyó que no podía callarla, porque escribía historia y no panegíricos.» Curiosos están en verdad estos caballeros con la *debilidad de un momento*. Diríase que fueron testigos oculares de esa supuesta debilidad de un momento y conocen el tiempo en que empezó y terminó, por la seguridad y precision con que hablan de ella! Yo les digo empero que todo eso son fábulas, y que con esta *debilidad de un momento* demuestran que ignoran el curso natural y ordinario de las cosas humanas, y la vida del mismo héroe.

Efectivamente, un hombre extranjero en país extranjero, entrado ya en años, canoso, viudo y pobre, que por gracia especial se ve introducido en casa de personas notables é ilustres, que enamora á una doncella noble, hermosa y jóven de la casa donde se le ha presentado, es preciso que esté muy encenegado en el vicio, porque las condiciones bajo las cuales se presenta son muy poco atractivas que digamos, para lograr la seducción. Es preciso, además, que disponga de tiempo, *otium*, y oportunidad para lograrlo, que no lo adviertan los parientes ó se hagan el desentendido; cosas éstas inverosímiles en general atendidas las supuestas condiciones poco atractivas, ó mejor dicho, repulsivas; pero más inverosímiles en Colon que para semejante empresa no tenía tiempo, disposiciones ni nada, ocupado enteramente como estaba en su elevada mision, y para la cual únicamente vivía. Colon tenía además suma necesidad de conquistarse gracia y favor cerca de quien podía mucho en Córdoba, y no de hacerse odioso y despreciable por una conducta inmoral. «Habiendo dejado el hijo (escribe Fernando) en un convento de Palos, llamado

la Rábida, dirigióse en seguida á la corte de los Reyes Católicos, que entónces se hallaba en Córdoba, donde, por ser persona afable y de dulce conversacion, trabó amistad con aquellas personas en quienes encontró mejor acogida y aficion á su empresa, y que eran más aptas para persuadir á los reyes que la acojieran.»

Pues bien, á mi modo de ver es un medio nada á propósito para estimular á estas personas, entre las cuales estarían naturalmente los Arana, á que abogaran á su favor cerca del Rey, comenzar por seducir á su hija, á la vista de la misma corte, con una imprudencia, cinismo é ingratitud monstruosas. «Entre esas personas, continua don Fernando, había Luis de Santángel, caballero aragones, administrador de la real casa, hombre de mucha autoridad y prudencia.» Peor que peor, porque el caballero con su reconocida prudencia habría conocido luégo las malas intenciones que suponeis en Colon. Pero aún hay más. Colon, despues de seducir á esa noble jóven, y teniendo un hijo de ella, continua sus relaciones con la misma; no se avergüenza del hijo sino que se envanece de tenerlo, lo declara suyo además, le dá su propio apellido y su misma nobleza, le prodiga todos los cuidados de tierno y amoroso padre, y los Arana no se conmueven por ello, nadie se escandaliza, nadie habla mal... esto sólo puede comprenderse poseyendo el claro talento de nuestros adversarios y siguiendo su sistema.

Añádase á todo esto que Colon hace pagar en Córdoba la pension de dos mil maravedís que le debía la corte sin otra causa aparente que el poderla cobrar allí la esposa que tiene su domicilio en dicha ciudad, y por valor entendido entre sí, como se diría en lenguaje mercantil; que vá y viene de Córdoba cada vez que sus ocupaciones y viajes se lo permiten, sin otro motivo ostensible que el de tener allí domicilio y esposa; que en Córdoba hace educar á sus hijos para disponerles á los elevados empleos donde les llama la gracia de la reina; que á Córdoba vá á saludarles y abrazarles su tío, don Bartolomé Colon, á su vuelta de Inglaterra, ántes de ver otra vez á su mismo hermano; que estos hijos se encuentran al lado de la supuesta seducida, doña Beatriz Enriquez; véase ahora si los adversarios sabrán explicarnos bien todo esto con su *debilidad de un momento*. No hay que darle vueltas: ó no hubo caida, ó, como ya demostré, fué un manifiesto y duradero concubinato. Dadas todas estas circunstancias de hecho, no hay medio posible entre los dos términos del dilema.

Veamos ahora el reverso de la medalla. Que Colon llegado á Córdoba, pobre, viudo, con un hijito á quien debía cuidar, procure unirse en segundas nupcias á una persona en cuyas amorosas, no mercenarias manos pueda confiarlo durante su ausencia, y en la familia y numerosos parientes de los mismos pueda tener un auxilio cerca de la corte; que los nobles de Arana, por otra parte no ricos, no rehusen emparentar con él por necesitar labrarse una fortuna con los grandes proyectos que medita, cuyas señales ó prendas ven ya en los subsidios que no sin